

INTRODUCCIÓN

Alejandro GRIMSON *

Marcial GODOY-ANATIVIA **

Este número de *Estudios Migratorios Latinoamericanos* tiene como tema central «Los Flujos Translocales en las Américas» como un marco para el desarrollo de diferentes abordajes de los procesos migratorios. Los artículos incluidos aquí son una versión revisada por los autores de ponencias presentadas en un seminario sobre migraciones, fronteras y diásporas en las Américas organizado por el *Social Science Research Council* (SSRC) y FLACSO-República Dominicana en Santo Domingo, en junio de 2003, con el auspicio de la Fundación Rockefeller. Por razones de espacio, se seleccionaron sólo la mitad de los trabajos y, como fueron originalmente escritos en inglés (con la excepción del de Caggiano), fueron traducidos especialmente por *Estudios Migratorios Latinoamericanos*.

El proyecto sobre flujos translocales del SSRC apunta a convocar un debate entre las múltiples disciplinas y campos de investigación actualmente dedicados al análisis de los procesos migratorios y de las múltiples formaciones socioculturales que estos arrojan, tanto en sus antesalas como en sus postrimerías. Como parte de este trabajo, hemos buscado entablar una conversación amplia entre investigadores con distintas formaciones disciplinares y radicados en distintas partes del hemisferio, con el objetivo de revisar y poner en diálogo los diversos lenguajes teóricos y marcos analíticos que hoy animan el estudio de las migraciones y al mismo tiempo potenciar perspectivas que nos permitan renovar nuestra mirada sobre el complejo entrelazamiento entre cuestiones culturales y políticas. Esto adquiere creciente importancia a medida que tanto la escala como la heterogeneidad de los crecientes desplazamientos migratorios entre países latinoamericanos y desde América Latina a los Estados Unidos superan todo antecedente histó-

(*) *IDES y UNSAM / CONICET.*

(**) *Social Science Research Council.*

rico, y van generando no sólo nuevos paisajes demográficos en muchos barrios y ciudades del continente, sino también nuevas geografías de inclusión/marginalidad y nuevos procesos identitarios tanto en los lugares de origen como en los lugares de destino. En este contexto, el análisis de estos procesos ha requerido el desarrollo de herramientas teóricas y metodológicas que permitan adecuar las formas de abordar «lo cultural» a los diversos desplazamientos territoriales asociados a la globalización y también a repensar «lo político» desde los distintos conflictos y desafíos que estos desplazamientos plantean en diversos escenarios locales, nacionales y regionales. Es así como categorías tales como «transnacionalidad» y «diáspora» no sólo hacen visibles nuevos procesos y subjetividades, sino también traen a colación la necesidad (y posibilidad) de repensar, desde ellas, la construcción de categorías como raza, etnicidad, género y ciudadanía dentro de diversos territorios nacionales con particularidades históricas propias. Potenciar este tipo de cruces analíticos –que justamente apuntan a esclarecer los complejos nexos entre «lo cultural» y «lo político»– ha sido uno de los objetivos que ha motivado nuestro trabajo, y esperamos que los ensayos reunidos aquí sirvan para energizar estos debates entre las diversas comunidades intelectuales a las que convocan.

En el campo de los estudios migratorios el énfasis del proyecto consiste en potenciar el entrelazamiento entre cuestiones culturales y políticas de los desplazamientos humanos, focalizando especialmente en los procesos contemporáneos, pero incluyendo también perspectivas históricas. Al reunir este conjunto de ensayos, así como al promover la continuidad de proyectos como este, pretendemos contribuir a los abordajes acerca de los flujos migratorios, la transnacionalidad y los procesos de identificación.

Para quienes se han especializado en cuestiones de construcción de identificaciones resulta sorprendente constatar que aún hoy una gran parte (quizás la mayoría) de los investigadores no especializados en esa área hacen referencia a la etnicidad como algo considerado autoevidente. Todavía hoy encontramos demasiados estudios realizados con extrema rigurosidad metodológica que sin embargo aluden a la etnicidad de las personas como si fuera algo que éstas portan y llevan en sus cuerpos, cuando no se considera incluso que está determinada automáticamente por el origen o por la descendencia.

Desde esas perspectivas las personas pertenecen a determinadas etnias y la renovación teórica se limita o bien a considerar mezclas, o bien a otorgar relevancia a la autoadscripción. Es decir, la dimensión dinámica de la cultura sólo aparece en referencia a mezclas interétnicas o interraciales, en las cuales se habla de las razas o las etnias como si ellas existieran en la realidad y fueran una cosa, o al menos fueran cosificables por la observación sociológica. Por otra parte, la relevancia de la subjetividad es reconocida sólo en términos de las adscripciones que se hacen a determinadas categorías étnicas o raciales.

La crítica y contribución del constructivismo, así como de perspectivas relacionales y contextuales, han sido claves para comprender las dinámicas de todas las categorías de clasificación e identificación que existen en una sociedad. Los artículos incluidos en este volumen adoptan con diferentes énfasis y matices esta renovación teórica de las últimas décadas que presupone que etnia, raza y nación son clasificaciones sociales fabricadas por actores con diferencias de poder y con intereses muchas veces contrapuestos. Esto último es central, en la medida en que podrá notarse que varios ensayos analizan los procesos migratorios y de flujos translocales en términos de los conflictos político-culturales que se escenifican en los lugares donde los migrantes se asientan, así como –crecientemente– también en los lugares a los que los migrantes regresan o condicionan a través de su apoyo económico y político.

Las personas y los grupos adscriben a categorías en contextos en los cuales, además de sus agencias, intervienen interpelaciones estatales (categorías censales y de cuotas de «acción afirmativa» por ejemplo) y de los grupos hegemónicos. Esas personas y grupos pueden hacer muy parcialmente sus propias identificaciones en circunstancias que no han elegido. Con las categorías de identidad sucede que si no se modifican al menos en parte las circunstancias, difícilmente puedan los grupos subalternos hacer realmente su propia historia.

Estos ensayos expresan desplazamientos teórico-metodológicos en los estudios migratorios. Aunque no tengan una perspectiva homogénea, los artículos claramente analizan los procesos sin presuponer que las cosas ocurren en espacios naturalmente nacionales. Más bien, desplazamientos realizados como empresas familiares o forzados por dramáticos procesos económicos y políticos subrayan la relevancia en las fronteras, los territorios, los estados y las naciones de un modo inédito en las vidas de la gente involucrada.

Estas perspectivas podrán iluminar y oscurecer procesos diferentes de los que ofrecían las anteriores. Pero, además, tienen impactos en los modos en que imaginamos el mundo contemporáneo, sus cosmopolitismos y, eventualmente, pueden impactar en las políticas públicas y las políticas de los propios grupos de inmigrantes. A veces sucede que las políticas públicas logran abandonar las estructuras tradicionales de xenofobia, discriminación o invisibilización para devenir en perspectivas y prácticas que romantizan las identidades generando otro tipo de sustancialización. Invertir solamente los significados de los mismos casilleros o adjudicarle a cada categoría el mismo significado puede ser un paso adelante durante un tiempo determinado, pero inevitablemente acaba reproduciendo las mismas fronteras más que cuestionándolas.

La etnicidad no es un valor político natural. Las teleologías de la etnicidad o de la conciencia étnica naturalizan sistemas clasificatorios históricamente constituidos. Si la única o la mejor manera de constituir tejidos co-

munitarios es en ciertos contextos la etnicidad, podemos celebrarla como cualquier otra categoría que tenga el poder de hacer cosas análogas. Ahora, cuando se cree que la etnicidad es descontextualmente la mejor o la única vía o, aún más, un destino inexorable ante el cual toda otra adscripción es un mero obstáculo, entonces se hace de la necesidad, virtud. Virtud en ciertos contextos que deviene defección por fragmentación en otros (o directamente patetismo), como muestra Stuesse en su excelente artículo sobre las tensiones entre etnicidad, raza y clase en la producción avícola del Mississippi.

En ese sentido los flujos translocales no son flujos de nacionalidades, etnicidades o razas, sino flujos de personas o comunidades de sentido que se clasifican a sí mismas y clasifican a los otros en función de esas u otras categorías. Y que clasifican y se autodefinen de maneras diferentes en sus zonas de origen y en el coyuntural destino de sus derroteros. Por ello, Caggiano muestra en su sutil artículo sobre migrantes bolivianos que los modos de clasificación e identificación son variables en el tiempo y en el espacio, y que las fronteras entre grupos de orígenes nacionales diferentes no son necesariamente «nacionales» cuando se comprenden los modos en que los miembros de esos grupos se clasifican a sí mismos y a los otros.

De allí que la ruptura del desplazamiento no sea sólo territorial, de ciudadanía o soberanías políticas. Al revés de las preguntas acerca de la «aculturación» que presuponen la naturalidad de las persistencias en los tránsitos y entienden el contexto nuevo exclusivamente como presión, las perspectivas contemporáneas tienen visiones más complejas acerca de las relaciones entre continuidad y discontinuidad.

Del mismo modo, se ha adquirido una visión más sofisticada acerca de cuál es el punto de referencia del «origen» que aún hoy es malentendido en muchos estudios. Así, muchas veces se habla de «los mexicanos» o «los peruanos» presuponiendo una identidad insostenible entre nacionalidad y cultura. En esos casos, las metáforas acerca de la «diáspora colombiana» o la «diáspora china» pueden ser más productivas para decir algo respecto de lo que sucede en las zonas de origen que para entender cómo se constituyen y funcionan redes transaccionales de grupos muy diferentes. «Diáspora» implica «identidad», y ninguna de ellas tiene que ver con la naturaleza o el destino (Yelvington).

La definición de procesos migratorios como diaspóricos a veces puede hacer más referencia a los deseos del investigador que a las definiciones de los actores y sus relaciones. La diáspora nacional o étnica se constituye en un concepto atractivo para describir todos los procesos de desplazamiento cuando se naturaliza la escala global del análisis social. Antes, naturalizada la nación, las minorías eran «étnicas». Ahora, naturalizada la sociedad global serían «nacionales» y siempre serían grupos trans/nacionalizados.

Lo que Yelvington (en este volumen) postula para la diáspora africana es necesario generalizarlo más allá de este caso. «La diáspora africana,

entonces, no debería ser un dato dado para nosotros. A diferencia de los enfoques que postulan un núcleo de características, si no esencial, al menos central –una negritud indiscutida o una África «subyacente» que provee «el código secreto»–, quizás debamos interesarnos precisamente en esas rupturas, en esas «fronteras» (Clifford, 1994) de la diáspora. Creo que debemos localizar a la diáspora en tiempo y espacio, pero *dislocarla* de los cuerpos y lugares «racializados» desde donde se supone que irradia».

Es decir, comprender que cualquier diáspora es necesariamente un proceso histórico de entrelazamientos y significaciones que postulan identidad estricta entre, por una parte, un cierto rasgo fenotípico más o menos supuesto (¿quién es «negro» dónde?), o un cierto lugar de origen también más o menos supuesto (porque puede alcanzar descendientes o no), y por otra parte, una *condición del ser* que puede abarcar dimensiones del espíritu, la tradición explícitamente política.

Así, «diáspora» no puede ser conceptualmente aplicado a todo proceso migratorio, sino que se refiere a configuraciones de actores situados en el tiempo y el espacio. En otras palabras, la diáspora es una contingencia, es sólo una de las posibilidades de los procesos migratorios. Y es una posibilidad que puede desarrollarse y desaparecer: puede haber habido una diáspora de un país, de una religión o de lo que fuera que deje de funcionar diaspóricamente. La condición básica de la diáspora no es el desplazamiento. Si siempre que muchas personas salieran de un lugar hacia muchos lugares diferentes hubiera diáspora, éste sería un concepto sin ninguna densidad. Hay diáspora si hay red de identificación en una multiplicidad de territorios. «Debemos, por lo tanto, dislocar la noción de diáspora en tanto concepto teórico, separándolo de las nociones naturalizadas de «raza» o etnicidad, desvinculándola de la relación con una cierta «tierra natal» o «patria». La diáspora nunca es un fenómeno tan simple como aparenta» (Yelvington en este volumen).

En su estudio sobre el pentecostalismo transfronterizo en México y Estados Unidos, Daniel Ramírez (en este volumen) desarrolla con aún más especificidad el argumento sobre la contingencia de estos procesos, «dislocándolos» aún más de territorios nacionales y de cuerpos y lugares racializados. El autor argumenta que en el caso de las comunidades pentecostales, es el movimiento multi-direccional de personas y bienes simbólicos («remesas socioculturales») *a través de tiempos, territorios y fronteras históricamente determinadas* el que genera lo que él llama «circuitos diaspóricos». Y es en el interior de estos, según Ramírez, donde se constituyen identidades y prácticas religiosas contingentes y también las genealogías transfronterizas del «cambio religioso». Trabajando dentro de un territorio simbólico-geográfico denominado «Oaxacalifornia», Ramírez cuidadosamente demuestra que las formaciones diaspóricas son geografías simbólicas que sólo se hacen visibles a través de los registros y sedimentaciones que van dejando tanto los grandes desplazamientos de poblaciones como los micro-

flujos simbólicos, que en este caso los constituyen historias familiares, canciones y estilos musicales.

Transitar de un espacio a otro implica necesariamente transportar cuerpos, ropas, lenguas, prácticas, creencias. Eso ha motivado a muchos a hablar de que la gente se mueve por el mundo «con su cultura», lleva consigo un «equipaje cultural». Esta metáfora es la condensación del esencialismo. Es no comprender que el tránsito es un viaje de un marco de significación a otro. Y que cuando el mismo significante es colocado en diferentes estructuras semióticas su significado varía. Por otra parte, la gente transforma sus cuerpos, su vestimenta, sus formas de hablar, sus ideologías y sus prácticas en el proceso de migrar. Si es allí donde a veces emerge con potencia el deseo de «mantener la tradición» es porque es justamente en esa precisa situación donde necesariamente las tradiciones se ven trastocadas y, por ello mismo, hipervaloradas.

En ese sentido, referir a las conexiones entre lugares, hablar de flujos translocales implica comprender la dinámica de conexión entre espacios y grupos que se transforman en el proceso de construcción de la translocalidad. Es decir, no sólo cambian los migrantes, cambian también quienes permanecieron en «su sitio», los que reciben las remesas, los que quizás no migraron por falta de oportunidad, por miedo a los riesgos, porque hicieron sus apuestas en los mercados laborales nacionales, o porque les tocó el cuidado de la tierra, la casa o la crianza de los hijos. El ensayo de Elizabeth Oglesby (en este volumen) ilumina justamente el tipo de cambios que genera esta construcción de translocalidad entre los que no migran al extranjero. A través de su sutil trabajo etnográfico, Oglesby documenta las diversas formas en que la creciente migración a los Estados Unidos transforma las prácticas, los discursos y las ambiciones de los obreros azucareros del altiplano guatemalteco. La autora muestra, por ejemplo, las diversas transformaciones locales producidas por la circulación de dólares provenientes de remesas de migrantes en Estados Unidos, y también las distintas formas en que la emigración es incorporada a los ritos de pasaje de la masculinidad. En este sentido, la autora intuye que todas las remesas, incluyendo las remesas de dinero, son remesas socioculturales, y así abre la posibilidad de detectar con más precisión el carácter y la escala de las transformaciones que estas producen.

Si hay algo que cambia drásticamente con los desplazamientos transfronterizos son justamente las categorías de interperlación e identificación. Esto es común a varios procesos migratorios. Ahora, si hay un país que se ha convertido en una verdadera fábrica de categorías identitarias es Estados Unidos. Todos los ejemplos allí muestran que la máquina de categorización arrasa con las clasificaciones previas, agregando guiones aquí (afro-americano, ítalo-americano, México-americano), inventando casilleros inéditos allí (hispanos) donde caben incluso aquellos que ni siquiera podrían imaginar ser incluidos en dicha categoría, como los brasileños (Lins Ri-

beiro, 2003; Beserra, 2002). Las invenciones estadounidenses no tienen límites (ahora se habla usualmente de la categoría de los «blancos no hispanos»), pero tampoco sentido alguno de la contingencia. Para los estadounidenses (con y sin guión) esas categorías son la manera natural y evidente para pensar el mundo. Eso es lo que hay: asiáticos por allí, afro por acá, hispanos, y así sucesivamente. Hay una tendencia a pensar el mundo desde clivajes étnicos y a convertir cualquier diferencia en diferencia étnica, y a naturalizar completamente esa máquina de etnicización (ver Segato, 1998).

Cuidado: no estamos equiparando en un plano ético actitudes fuertemente solidarias y antidiscriminatorias con la xenofobia. En absoluto. Eso sería desconocer las características del racismo en los Estados Unidos o en otras partes del mundo. Estamos advirtiendo, sí, que la única manera de enfrentar el racismo y la discriminación no es a través de la reivindicación positiva de la identidad estigmatizada. Ese es un camino legítimo que puede complementarse con otro: el cuestionamiento de las fronteras identitarias tal como están instituidas y naturalizadas en una sociedad. Es a eso a lo que contribuye decisivamente el trabajo de De Génova, su brillante sociogénesis de la racialización de los mexicanos que ilumina cuestiones centrales del debate acerca de «raza» y «racismo» en relación a Estados Unidos y América Latina. De Genova muestra el papel determinante de la legislación y las políticas estatales en los procesos de construcción social de la «raza», es decir, también en la configuración de formaciones de diversidad.

Esta cuestión de las formaciones de diversidad se relaciona con el debate sobre raza y América Latina que se parece bastante a un camino de cornisa. Frente a argumentos acerca de la especificidad de las historias nacionales y regionales, se ha respondido que existe el riesgo de que las élites latinoamericanas, bajo el argumento de que «aquí es distinto», terminen ocultando o menospreciando problemas endémicos, estructurales y persistentes de racismo en muchos países. Se trata de una advertencia que no se puede menospreciar.

Complementariamente, hay un paradójico riesgo de re-colonización. Justamente, son autores preocupados con la colonialidad quienes plantean que debe asumirse como central la cuestión de la etnicidad y la raza en América Latina y que, quienes se niegan a hacerlo, están expresando proyectos intelectuales de países colonizados. El problema es que verdaderamente creer que la cuestión de la raza puede tener relevancia universal, sin atender a la especificidad de los procesos históricos y al papel específico del Estado, sin considerar muy seriamente los argumentos de De Génova, puede implicar otra colonización del saber, incluyendo la posibilidad de que la anterior y la actual sean de signos ideológicos contrastantes.

Se trata de dos puntos ineludibles. El primero se refiere a que no hay fenómenos universales que no hagan a la definición de lo humano (y la raza, lo sabemos, no hace a la definición de lo humano, porque es una cons-

trucción histórica). Adicionalmente, los Estados Unidos no constituyen un lugar desde el cual resulte muy conveniente postular cuestiones universales sin atender con extremo cuidado a la diversidad mundial. Sucede que la cultura estadounidense (al igual que otras, a diferencia de otras) es muy proclive a postular cierto *standard* de universalidad respecto de su propia cultura como para estar advertidos del riesgo.

El segundo punto se refiere a que esa «diversidad» de la que tanto se habla hoy en día (y a la que aludíamos recién) es en realidad ella misma un proceso histórico, producto de actores e instituciones, de representaciones y prácticas, de hegemonías y subalternidades. Aunque ningún actor es único en ese proceso, cuando hablamos de migración, de identificaciones y de legalidades, el Estado es un protagonista ineludible. Si el papel del Estado se exagera, se corre el riesgo de perder de vista el campo de interrelaciones en el cual está inserto. Pero si el papel del Estado se menosprecia, el resultado es, generalmente, un tipo de culturalismo extremo que imagina los mundos como si los poderes y las instituciones no tuvieran que ver con ellos. Un ejemplo elocuente es la referencia de moda a los «ciudadanos del mundo», referencia que abunda en textos periodísticos y académicos, desconociendo que la metáfora de la ciudadanía no puede ser ajena a la cuestión de los derechos. Y que los derechos no son una dimensión mientras la cultura es otra, sino que aquello que sucede con los derechos es constitutivo de lo que sucede con la cultura.

Y lo que sucede con los derechos de los inmigrantes en el mundo contemporáneo es bastante dramático. Porque es un mundo donde crecientemente la discriminación legal deviene legítima. La base es lo que De Genova ha designado como *el proceso legal de producción de «ilegalidad» migrante*.

Tal como lo planteó Dolores Juliano (2002) la discriminación racial y étnica como tal ha perdido legitimidad teórica, ha perdido en la mayoría de los países legalidad y comienza a perder (aunque menos de lo que uno querría) legitimidad social en el sentido de que genera debates y no es automáticamente aceptada por todos. Sin embargo, la discriminación contra los indocumentados o «sin papeles» aparece como completamente legítima, sustentada en poderosas bases legales. Mientras hay espacios para expresar sistemáticamente cuestionamiento contra la discriminación racial (aunque aún éstos deben ampliarse) es débil, casi inaudible en muchos países, el cuestionamiento contra la falta de derechos básicos de los «indocumentados».

Por eso, cuando Huntington (2004) narra su historia idílica del proyecto nacional de Estados Unidos no sólo se olvida de la esclavitud en general (un *detalle* de la historia de Estados Unidos), sino de toda la batería jurídica que analiza aquí De Genova acerca de la identidad entre blanco y ciudadano. Huntington –politólogo de Harvard ampliamente conocido por su libro *El choque de civilizaciones* (1997)– postula que la inmi-

trucción histórica). Adicionalmente, los Estados Unidos no constituyen un lugar desde el cual resulte muy conveniente postular cuestiones universales sin atender con extremo cuidado a la diversidad mundial. Sucede que la cultura estadounidense (al igual que otras, a diferencia de otras) es muy proclive a postular cierto *standard* de universalidad respecto de su propia cultura como para estar advertidos del riesgo.

El segundo punto se refiere a que esa «diversidad» de la que tanto se habla hoy en día (y a la que aludíamos recién) es en realidad ella misma un proceso histórico, producto de actores e instituciones, de representaciones y prácticas, de hegemonías y subalternidades. Aunque ningún actor es único en ese proceso, cuando hablamos de migración, de identificaciones y de legalidades, el Estado es un protagonista ineludible. Si el papel del Estado se exagera, se corre el riesgo de perder de vista el campo de interrelaciones en el cual está inserto. Pero si el papel del Estado se menosprecia, el resultado es, generalmente, un tipo de culturalismo extremo que imagina los mundos como si los poderes y las instituciones no tuvieran que ver con ellos. Un ejemplo elocuente es la referencia de moda a los «ciudadanos del mundo», referencia que abunda en textos periodísticos y académicos, desconociendo que la metáfora de la ciudadanía no puede ser ajena a la cuestión de los derechos. Y que los derechos no son una dimensión mientras la cultura es otra, sino que aquello que sucede con los derechos es constitutivo de lo que sucede con la cultura.

Y lo que sucede con los derechos de los inmigrantes en el mundo contemporáneo es bastante dramático. Porque es un mundo donde crecientemente la discriminación legal deviene legítima. La base es lo que De Genova ha designado como *el proceso legal de producción de «ilegalidad» migrante*.

Tal como lo planteó Dolores Juliano (2002) la discriminación racial y étnica como tal ha perdido legitimidad teórica, ha perdido en la mayoría de los países legalidad y comienza a perder (aunque menos de lo que uno querría) legitimidad social en el sentido de que genera debates y no es automáticamente aceptada por todos. Sin embargo, la discriminación contra los indocumentados o «sin papeles» aparece como completamente legítima, sustentada en poderosas bases legales. Mientras hay espacios para expresar sistemáticamente cuestionamiento contra la discriminación racial (aunque aún éstos deben ampliarse) es débil, casi inaudible en muchos países, el cuestionamiento contra la falta de derechos básicos de los «indocumentados».

Por eso, cuando Huntington (2004) narra su historia idílica del proyecto nacional de Estados Unidos no sólo se olvida de la esclavitud en general (un *detalle* de la historia de Estados Unidos), sino de toda la batería jurídica que analiza aquí De Genova acerca de la identidad entre blanco y ciudadano. Huntington –politólogo de Harvard ampliamente conocido por su libro *El choque de civilizaciones* (1997)– postula que la inmi-

gración latinoamericana, y especialmente la mexicana, constituyen una amenaza grave a la identidad y cultura nacional «anglo-protestante» de los Estados Unidos. Citando la presencia histórica de mexicanos en EE.UU. (especialmente en el suroeste del país), la contigüidad fronteriza, la creciente inmigración y excesiva fertilidad de los hispanos, el creciente poder político de los hispanos a nivel local, estatal y nacional, el catolicismo y lo que él percibe como una inédita resistencia a la asimilación lingüística y cultural por parte de las mayorías de inmigrantes, Huntington advierte que si esta situación no es tomada en serio por las autoridades y la ciudadanía, podría resultar en una división político-cultural irreparable que a mediano y largo plazo convertiría a Estados Unidos en una sociedad desgarrada por las diferencias irreconciliables entre los «valores» anglo-protestantes y los «valores» no-anglo y católicos, cuya magnitud e importancia podrían hasta sobrepasar el clivaje racial entre negros y blancos. En este ensayo, que ha generado enérgicos rechazos en amplios sectores de la academia norteamericana, Huntington busca refundar el proyecto nacional de Estados Unidos sobre una «democracia» explícitamente anglosajona y anti-hispana, y convocar a los estadounidenses a votar contra la extensión de derechos ciudadanos a los «hispanos» antes de que sea demasiado tarde. Huntington utiliza de un modo incisivo el aparente pronóstico sociológico como advertencia, sino como amenaza. Dice que si los serbios han reaccionado con la limpieza étnica, algún tipo de reacción habrá de esperar de parte de los blancos californianos que pierden poder mientras ascienden los hispanos.

En realidad, el caso de los «hispanos» en Estados Unidos es del tipo de los que uno se lamenta que no pueda hacerse una prueba de «laboratorio». Imagine el lector por un momento que el supuesto deseo de Huntington se hiciera realidad y todos aquellos que hablan español (eso le molesta a él especialmente) o aquellos que son bilingües regresaran a cualquier parte donde hayan nacido ellos o sus padres al sur del Río Grande. Si eso sucediera la economía californiana se derrumbaría en minutos y una grave crisis, sin vía de solución, arrastraría a la economía estadounidense. La cuestión es que los «hispanos» son la solución al problema de la mano de obra en Estados Unidos siempre y cuando acepten su lugar de «hispanos», de grupo estigmatizado. Para ello la producción de ilegalidad es una condición *sine qua non*, sin la cual los hispanos empezarían a dejar de ser un grupo «racializado» que, en función de ello, se encuentra compelido a aceptar peores condiciones de empleo. En ese caso, dejarían de resolver el problema de la economía capitalista de Estados Unidos y le plantearían un problema acerca de la distribución de ingresos entre los diferentes sectores sociales, racializados o no. Para que eso no suceda artículos como los de Huntington y políticas como las de control y represión en la frontera se hacen necesarias. Excepto que se acepte criterios no racializados-enclausados de distribución.

De hecho, la política de control de la frontera manifiesta un objetivo: impedir la inmigración ilegal para que no crezca el número de inmigrantes en Estados Unidos sin control del gobierno. El número de la población hispana ha aumentado enormemente en los últimos años. Pero, como afirma Massey et al. (2002), la razón principal de este aumento es la propia política de creciente control. Es que no ha aumentado significativamente la tasa de ingreso de inmigrantes desde México. Lo que ha sucedido es que se redujo la tasa de retorno porque más control impide el movimiento de ida y vuelta mucho más que la migración en sí. Una proporción similar de gente va a Estados Unidos desde México mientras que una proporción menor regresa a México. Esta afirmación de Massey ilumina otra cuestión central: los migrantes desean *trabajar* en Estados Unidos mucho más que *vivir* allí.

Este debate académico y político acerca del papel clave de las políticas del Estado frente a la inmigración es relevante para el conjunto de los países latinoamericanos. Por una parte, con múltiples matices, la cuestión de un creciente rechazo a la inmigración desde países vecinos ha estado presente en los últimos años en varios países receptores, como Argentina o Costa Rica. Por otra parte, es importante señalar que la centralidad del Estado en cuestiones migratorias no se limita a las sociedades receptoras, si no que adquiere otra importancia en las políticas en torno a la migración implementadas en los países de origen.

En ese sentido, Landolt (en este volumen) demuestra el rol determinante que juega el estado en la producción de los discursos y las políticas a través de las cuales se incorporan a los proyectos políticos y económicos de las clases dirigentes las enormes divisas que las remesas de los migrantes generan para la economía salvadoreña. Dada la importancia de estas mismas para el éxito del modelo estructural y macroeconómico del país, no es sorprendente que sea el estado mismo quien interpela a los afectos y alianzas de los salvadoreños en el extranjero a través la producción y disseminación del «mito del paisanaje». Landolt también sugiere que es justamente a través del discurso sobre el paisanaje que el estado logra despolitizar la articulación entre un exilio político de izquierda producido por guerra civil de los años ochenta y el modelo neoliberal actualmente en vigencia. El cálculo económico y político detrás de estos discursos, sin embargo, no debiera restarle importancia al impacto que estos tienen en las formas en que los salvadoreños en el extranjero constituyen sus vínculos simbólicos y afectivos con su país de origen y en las formas que se posicionan frente a las estructuras legales, económicas y culturales en los Estados Unidos.

Esperamos que los textos reunidos en este volumen contribuyan a avanzar en el diálogo acerca de los flujos translocales en el mundo contemporáneo, que permitan comprender fenómenos específicos de las migraciones hacia los Estados Unidos y hacia otros destinos y aportar, también por

comparación con otros procesos, al estudio de los desplazamientos humanos. Mientras los debates avanzan, una cosa ha quedado clara: hablar de identidades y de cultura nunca fue, y hoy menos aún, una cuestión «meramente simbólica». Hablar de signos, de redes de afecto y comunión, de lazos y compromisos, de creencias y prácticas, es referirse a los modos en que las sociedades contemporáneas constituyen legitimidad e ilegitimidad acerca de que ciertos tipos humanos (porque eso son las clasificaciones sobre hombres y mujeres) accedan al privilegio aparente de ser considerados *personas iguales aunque diferentes* y, accedan, así, a los derechos que sólo son *universales* cuando incluyen a todos los «tipos», sin distinción no sólo de credo o nacionalidad, sino también sin distinción de documentación. Así a través de los procesos de simbolización las sociedades hablan, y los autores aquí reunidos hablan analíticamente, acerca de una dimensión central de la condición humana en el mundo contemporáneo.

Referencias bibliográficas

- BESERRA, Bernadete, «Negotiating Latinidade in Los Angeles: The Case of Brazilian Immigrants». Trabajo presentado en la conferencia sobre «*Migraciones, fronteras y diásporas en las Américas*», Santo Domingo, junio 2003.
- CLIFFORD, James, *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- HUNTINGTON, Samuel, «The Hispanic Challenge», en *Foreign Policy*, March/April 2004.
- HUNTINGTON, Samuel, *El choque de civilizaciones*, Paidós, 1997.
- JULIANO, Dolores, «*No todos los caminos conducen a la nacionalidad o cómo transformar 'ilegales' en ciudadanos*», 2002, mimeo.
- LINS RIBEIRO, *Postimperialismo*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- PORTES, Alejandro, Luis Eduardo GUARNIZO y Patricia LANDOLT, «Special Issue on Transnational Migrant Communities». *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999.
- PORTES, Alejandro, «Debates y significación del transnacionalismo para los inmigrantes», en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 49.
- SEGATO, Rita, «Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global», *Anuário Antropológico*/97, Rio de Janeiro y Brasília, Tempo Brasileiro, 1998.